

# El Taxista \*

Lo siento mucho, dijo el Taxista, pero no conozco Rua das Pedras Negras, ¿podría el señor proporcionarme mayores datos? Delineó una sonrisa cuajada de dientes blancos y continuó: perdone pero, sabe, soy oriundo de São Tomé, desde hace un mes trabajo en Lisboa, no conozco las calles, en mi pueblo trabajaba como ingeniero, pero en mi pueblo uno no se las arregla tan fácil como se quiere, de manera que aquí estoy haciéndola de taxista y no conozco las calles, conozco bien la ciudad, eso sí, nunca me pierdo, sólo que no conozco el nombre de las calles. Oh, dije yo, es una calle por la que dejé de pasar hace ya más de veinticinco años, ni siquiera yo me acuerdo cómo se llega, de todos modos queda por el lado del Castillo. Entonces vayamos allí, dijo el Taxista sonriendo y arrancó en cuarta.

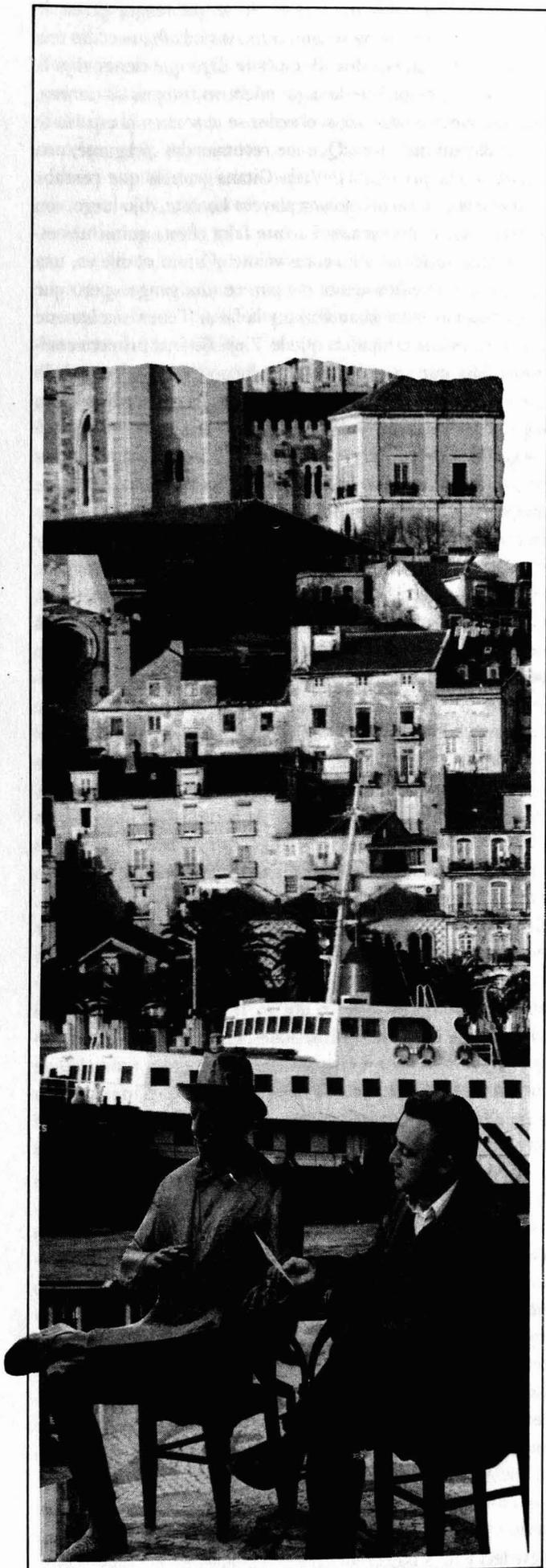
Sólo hasta entonces me di cuenta que nadaba en sudor. Tenía la camisa empapada, pegada al pecho y a la espalda. Me quité la chaqueta pero aún así continué sudando. Mire, dije, tal vez usted pueda ayudarme, tengo la camisa hecha una sopa, necesito comprar una camisa nueva, ¿podría decirme dónde puedo compararme una? El Taxista frenó y me miró. ¿Se siente mal?, me preguntó con aire de preocupación. No, respondí yo, no sé, creo que no, debe ser el calor, el calor y un ataque de ansiedad, a veces la ansiedad provoca la transpiración, necesito ponerme una camisa limpia. El hombre encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Hoy es domingo, dijo, y las tiendas están cerradas. Intenté abrir la ventanilla de mi lado, pero la manija estaba rota, lo que aumentó mi ansiedad, sentía que el sudor me inundaba la frente y que las gotas me caían sobre las rodillas. El Taxista me miraba afligido. Mire, dije entonces, se me ha ocurrido una gran idea, le doy mi camisa, ¿no quiere ponerse mi camisa? Ni soñarlo, dije yo, no puede manejar con el torso desnudo. Llevo una camiseta abajo, replicó él, puedo hacerlo en camiseta. Pero debe haber un lugar en toda Lisboa donde se pueda comprar una camisa, dije, un centro comercial, un mercado, ¿o no? ¡Carcavelos!, exclamó excitado el Taxista, el domingo debe ponerse un mercado en Carcavelos, yo vivo allí, todos los domingos mi esposa hace las compras en el mercado de Carcavelos, o tal vez sea los jueves. No sé, dije yo, no me parece una buena idea, Carcavelos es una playa, hoy es domingo, debe estar llena de gente, capaz y es un infierno, ¿no

se le ocurre nada aquí en Lisboa? El hombre se golpeó la frente con el puño. ¡Los gitanos!, exclamó, ¡me había olvidado de los gitanos! Nuevamente esbozó su ingenua y gran sonrisa y dijo: mire mi amigo, estese tranquilo, tendrá su camisa, ya me acordé que los domingos los gitanos venden ropa a la entrada del Cimitero dos Prazeres, venden de todo, zapatos, vestidos, camisas y playeras, vamos con los gitanos, el único problema que tengo es que no sé como llegar, es decir, sé vagamente donde está el Cimitero dos Prazeres pero no sé por cuál calle debemos irnos, usted, mi amigo, ¿cree poder echarme una mano? Veamos, dije, también yo estoy un poco confundido, estudiemos la situación, ¿dónde es que nos encontramos? Estamos en Cais do Sodré, dijo el Taxista, sobre la Avenida, casi frente a la estación de trenes. Bien, dije yo, creo que sabremos llegar, mientras tanto tomemos por la Rua do Alecrim, quisiera pasar a la "Brasileira" a comprar una botella. El Taxista le dio la vuelta a la plaza y salió por la Rua do Alecrim, encendió la radio y me miró a través del retrovisor. ¿En verdad no se siente mal?, preguntó. Lo tranquilicé y me dejé ir sobre el asiento. Ahora en verdad estaba en un baño de sudor. Me desabroché los primeros botones de la camisa y me subí las mangas. Aquí lo espero con el motor encendido, dijo el hombre al irse acercando a la esquina de Largo Camões, pero por favor dese prisa, porque si aparece un policía me corre. Salí del taxi, el Chiado estaba desierto, una mujer vestida de negro con una bolsa de plástico se encontraba sentada bajo la estatua de Antonio Ribeiro Chiado, entré en la "Brasileira" y el empleado en el mostrador me miró con ganas de tomarme el pelo, ¿el señor se ha caído en el Tajo?, me preguntó. No dije yo, pero hay un río dentro de mí, ¿tiene champña francesa? Laurent-Perrier y Veuve Cliquot, respondió él, las dos cuestan lo mismo, y frías frías. ¿Cuál me recomienda?, pregunté. Mire, dijo él con la presunción de quien conoce, a la Veuve Cliquot le hacen un montón de publicidad, al leer las revistas tal parece que es la mejor champña del mundo, pero yo la encuentro un poquillo agria, pero además no me gustan las viudas, nunca me gustaron, en fin, si yo fuera usted compraría la Laurent-Perrier, aparte de que cuestan lo mismo, como le he dicho. Está bien, dije yo, compro la Laurent-Perrier. El empleado abrió el refrigerador, envolvió la botella en un pedazo de papel y la metió en una bolsita de plástico con su letrero en letras rojas: "Brasileira do Chiado, el más antiguo café de Lisboa". Pagué, salí bajo el sol a sudar impudicamente y entré en

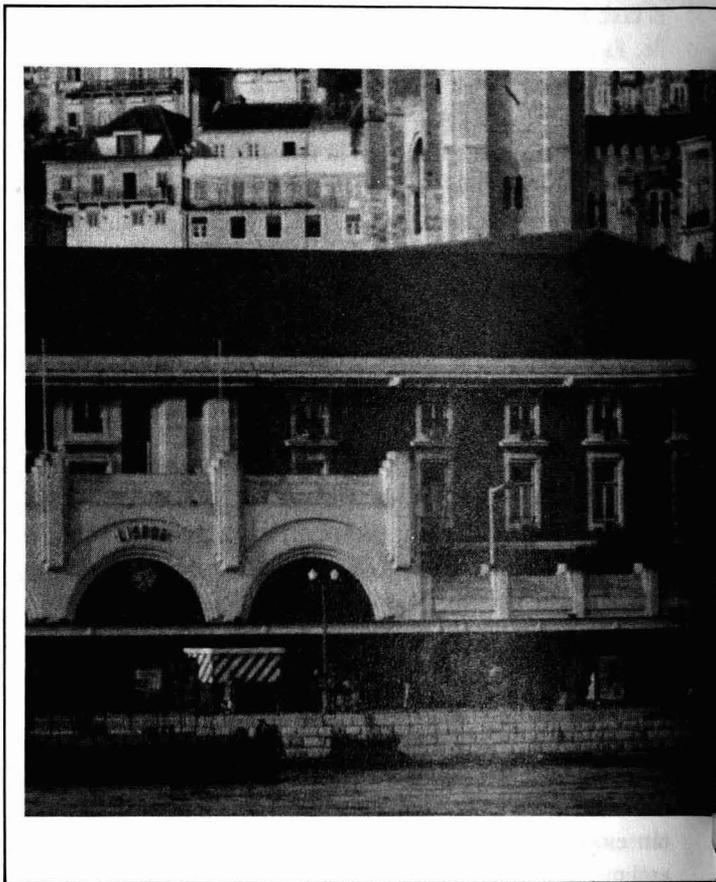
el taxi. Bien, bien, dijo el Taxista, ahora debe indicarme la calle. Es fácil, dije yo, entre en el Largo Camões y allí, donde está la joyería "Silva", toma la calle en bajada, es la Calçada do Combro, luego toma la Calçada da Estrela, cuando llegue al Largo da Estrela se mete en la Domingos Sequeira hasta llegar a Campo de Ourique, ya allí debe buscar sobre su izquierda la Saraiva de Carvalho que nos lleva derecho derecho al Largo del Cimitero dos Prazeres. Pero mi amigo, dijo el Taxista arrancando en cuarta, me haría el favor de indicarme las calles una por una, perdóneme, tenga paciencia. Por favor, dije yo, déjeme cerrar los ojos unos minutos, estoy exhausto, créame, es fácil de recordar: Calçada do Combro, Calçada de Estrela, Largo da Estrela, Domingos Sequeira, Campo de Ourique, le aviso cuando lleguemos a Campo de Ourique.

Finalmente había logrado abrir la ventanilla, pero el aire que entraba era abrasador. Cerré los ojos y pensé en otras cosas, en mi infancia, me acordé de cuando era verano e iba en bicicleta a tomar agua fresca a las "carolinas", con la botella en el cestito de paja. Un brusco enfrenón me hizo abrir los ojos. El hombre había bajado del taxi y miraba alrededor con aire desolado. Me equivoqué, dijo, ¿lo ve?, me equivoqué, estamos en Campo de Ourique, tomé a la izquierda la calle que usted me indicó, pero no creo que sea la Saraiva de Carvalho, tomé otra calle en sentido contrario, mire, todos los autos están estacionados al revés, me metí en sentido contrario. No está mal, repliqué, lo importante es que dio vuelta a la izquierda, ahora nos vamos en sentido contrario y llegamos a Largo dos Prazeres. El Taxista se llevó una mano al corazón y dijo con acento grave: no puedo, me perdonará el señor pero no puedo, todavía no tengo debidamente reglamentada mi licencia de taxista, si me agarra un policía me pone una multa exagerada y luego ¿sabe qué me pasará? tendré que regresarme a São Tomé, eso me pasará, perdóneme el señor pero no lo puedo hacer. Mire, dije yo, la ciudad está desierta, de todas maneras no se preocupe, si nos para un policía yo hablo con él, la multa la pago yo, asumo toda la responsabilidad, se lo prometo, ¿no ve cómo estoy sudando?, necesito una camisa, tal vez dos, por favor, no querrá que me ponga mal aquí en esta calle desconocida de Campo de Ourique, ¿verdad?

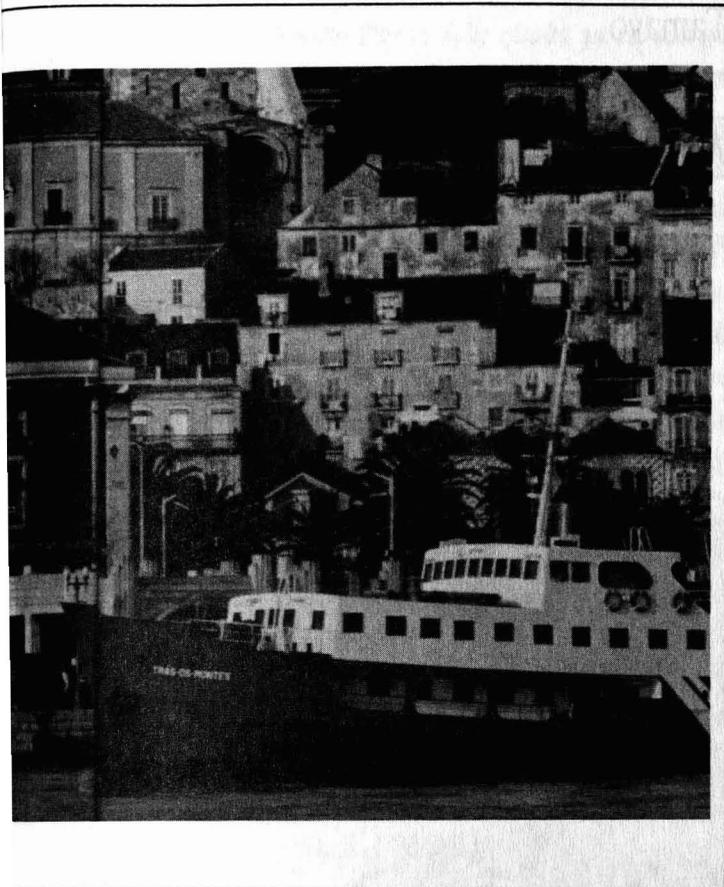
No tenía ninguna intención de amenazarlo, estaba hablando en serio, pero él evidentemente tomó mis palabras como una amenaza, porque se subió rápidamente al taxi y se puso en marcha sin protestar. Como guste el señor, dijo en un tono resignado, no quiero que se sienta mal en mi taxi, no tengo la licencia en orden, ¿entiende o no?, para mí sería una catástrofe. Recorrimos en sentido contrario toda la calle que tal vez era precisamente la Saraiva de Carvalho, no sé, y fuimos a salir al Largo dos Prazeres. Los gitanos estaban exactamente a la entrada del cementerio, estaban instalados en un pequeño mercado con puestecillos de madera y mercancías extendidas en el suelo. Bajé del taxi y le dije al hombre que me esperaba. El Largo estaba desierto y los gitanos dormían a flor de tierra. Me acerqué al puesto de una vieja gitana vestida de negro con una pañoleta amarilla en la cabeza. En su puesto había una montaña de playeras Lacoste impecables, sólo que no tenían el cocodrilo en su lugar. Gitana, le dije, quiero comprar. ¿Pero hijo mío, qué te pasa?, preguntó la Vieja Gitana al ver



mi camisa, ¿tienes malaria o qué? No sé que tengo, gitana, le respondí, sólo sé que he sudado como un caballo, necesito una camisa limpia, tal vez dos. Después te digo qué tienes, dijo la Vieja Gitana, después te lo digo, mientras compra las camisas, hijo, no puedes andar así, si el sudor se te seca en la espalda te puede dar un mal aire. ¿Qué me recomiendas, pregunté, una camisa o una playera? La Vieja Gitana parecía que pensaba un momento. Te aconsejo una playera Lacoste, dijo luego, son muy frescas, si quieres una Lacoste falsa cuesta quinientos escudos, una auténtica quinientos veinte. ¡Caramba! dije yo, una Lacoste a quinientos veinte me parece una ganga, ¿pero qué diferencia hay entre la auténtica y la falsa? Tener una Lacoste auténtica es una estupidez, dijo la Vieja Gitana, primero compra la falsa que cuesta quinientos, luego compra el cocodrilo que cuesta veinte y es autoadherible, pegas el cocodrilo en su lugar y así ya tienes una camiseta auténtica. Me señaló una talleja llena de cocodrilos. Además, dijo, por veinte escudos de cocodrilos te doy cuatro, hijo, así tienes tres de reserva, que muchas veces estos adheribles no sirven, se despegan. Me parece una propuesta muy razonable, dije yo, quiero comprar dos Lacoste auténticas, ¿qué colores me aconsejas? A mí me gustan el rojo y el negro, que son los colores de los gitanos, dijo ella, pero con este sol el negro no es lo ideal, porque tú debes ser muy delicado, y el rojo es demasiado vistoso, no tienes ya la edad para vestirse de rojo. Tampoco soy un viejo, protesté, puedo perfectamente llevar un color alegre. Te aconsejo el celeste, dijo la Vieja Gitana, el celeste me parece el color ideal para ti, y ahora, hijo mío, yo te diré qué es lo que tienes y por qué estas sudando de esta manera tan lamentable, escucha, por doscientos escudos más te digo todo, lo que estas haciendo y lo que te espera en este domingo caluroso, ¿quieres conocer tu destino? La Vieja Gitana se apropió de mi mano izquierda y miró con mucha atención en mi palma extendida. Es un poco complicado, hijo, dijo la Vieja Gitana, es mejor que nos sentemos aquí en el banco. Yo me senté, pero ella no me dejó la mano. Hijo, dijo la vieja, escucha, así no se puede andar, no se puede vivir en dos partes, entre la realidad y el sueño, así te llegan las alucinaciones, eres como un sonámbulo que atraviesa un paraje con las manos extendidas y todo lo que toca entra a formar parte de tu sueño, incluso yo, que soy una vieja gorda y peso ochenta kilos, siento que me disuelvo en el aire tan sólo al tocarte la mano, como si yo también formara parte de tu sueño. ¿Y qué debo hacer?, pregunté, dime algo, Vieja Gitana. Por ahora no puedes hacer nada, respondió ella, este día te espera y no puedes rehuirlo, no puedes escapar a tu destino, será un día de tribulaciones pero también de purificación, tal vez después estarás en paz contigo mismo, hijo, por lo menos eso es lo que te deseo. La Vieja gitana encendió un cigarro y aspiró el humo. Pero dame la mano derecha, dijo, así termino de decirte todo de una vez. Miró atentamente y me acarició la palma con sus ásperos dedos. Veo que debes visitar a una persona, dijo, pero la casa que estás buscando existe sólo en tu memoria o en tu sueño, puedes decirle al taxi que te está esperando que te deje aquí, la persona que buscas está aquí muy cerca, más allá de ese portal. Señaló hacia el cementerio y dijo: ve, hijo mío, ve al encuentro que te espera. Le agradecí y fui a buscar al Taxista. He llegado, me quedo aquí,



dije sacando mi cartera para pagar, mil gracias, en verdad ha sido muy gentil. Las playeras están muy bonitas, dijo el Taxista mirando las Lacoste que tenía bajo el brazo, ha hecho una buena compra, mi amigo. Tomé mi chaqueta y la botella de champaña. El Taxista me apretó la mano con fuerza y me dio una tarjeta. Este es mi teléfono, dijo, si necesita un taxi a la puerta basta con que me llame, mi esposa toma los recados, si quiere, también puede llamarme de un día para otro. El auto arrancó, pero unos metros más adelante se paró y regresó de reversa. ¿Ya no se siente mal, verdad?, me preguntó el hombre desde la ventanilla. No, dije yo, ahora me siento mejor, gracias. El Taxista sonrió y el auto desapareció en la esquina. Atravesé el portal y entré. En el cementerio no había ni alma, sólo un gato que se paseaba entre las primeras tumbas. A mi derecha, inmediatamente pasando la entrada, cerca del portal, había una casita y la puerta estaba abierta. Con permiso, dije, ¿puedo pasar? Cerré los ojos para acostumbrarlos a la oscuridad, ya que la habitación estaba envuelta en las penumbras. Alcancé a distinguir ataúdes amontonados uno sobre otro, un florero con flores secas, una mesa en la que estaba apoyada una lápida. Adelante, dijo una voz, y vi que en el fondo del cuarto, junto a un gigantesco armario, se encontraba un hombrecito chiquito chiquito. Usaba anteojos, vestía una bata color ceniza y en la cabeza tenía una gorra con la visera de plástico, como la que usan los ferrocarrileros. ¿Qué se le ofrece al señor?, me preguntó, el cementerio está cerrado, falta poco para que abran, ahora es la hora de la comida, yo soy el encargado. Sólo entonces me di cuenta que estaba comiendo de un portavíandras de aluminio y se había quedado con la cuchara en el aire. ¿Gusta? me preguntó el velador del Cementerio mientras



seguía comiendo. Gracias, buen provecho, dije yo, pero si me lo permite me quedo aquí esperando a que usted termine, si no lo puedo esperar afuera. *Feijoada*,<sup>1</sup> dijo el Velador del Cementerio como si no me hubiese escuchado, *feijoada* todos los días, mi esposa sólo sabe hacer *feijoada*. Y continuó: ni lo piense, usted se queda aquí en la sombra, no espera allá afuera donde hace un calor que revienta, se sienta, se busca una silla y se sienta. Entonces, dije yo, ya que usted es tan gentil le pido un favor, ¿me permite que me cambie de camisa?, estoy bañado en sudor y compré dos playeras con los gitanos. Puse la botella de champaña sobre un féretro, me quité la camisa y me puse la Lacoste auténtica. Me sentía mejor, había dejado de transpirar y la habitación estaba fresca. Llegué aquí desde que era un muchachillo, dijo el Velador del Cementerio, hace cincuenta años, me he pasado la vida cuidando muertos. Esto es, respondí. Entre nosotros se hizo un silencio. El hombre comía con calma su *feijoada*, de vez en vez se levantaba los anteojos y volvía a acomodárselos. Sin anteojos no veo nada, tampoco con ellos, dijo, siempre veo borroso, el doctor dice que es la cataplasma. Cataratas, dije yo, se llaman cataratas. Cataratas o cataplasma es igual, dijo el Velador del Cementerio, igual es una fregadera. Se levantó el cabello y se rascó la cabeza. Qué ocurrencias las de venir al cementerio a esta hora y con el calor que hace, dijo el Velador del Cementerio, no se le ocurriría a nadie. Es que aquí se encuentra un amigo mío, respondí, me lo dijo la gitana, la Vieja Gitana que

<sup>1</sup> La *feijoada* es una sopa de habichuelas verdes, de la que cada región de Portugal tiene su variante original, con una gran cantidad de diversas carnes (entre las cuales no debe faltar la de cerdo), salchichas y verduras.

vende playeras allá afuera, me dijo que debía buscarlo aquí, es un viejo amigo, pasamos tanto de ese tiempo juntos, como hermanos, me gustaba visitarlo, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Y piensa que él le responderá? dijo el Velador del Cementerio, mire que los muertos son muy silenciosos, permítame que se lo diga, yo los conozco bien. Quiero probar, dije, quisiera entender algo que nunca comprendí, él murió sin explicarme nada. ¿Mujeres?, preguntó el Velador del Cementerio. No, respondí, y él continuó: siempre hay una mujer de por medio en este tipo de historias. No sé, dije, pudo haber algo de perversidad, me gustaría comprender esa perversidad si es que la hubo, no sé. ¿Cómo se llamaba?, dijo el Velador del Cementerio. Se llamaba Tadeus, respondí, Tadeus Waclaw. Qué nombrecito, dijo el Velador del Cementerio. Era hijo de padres polacos, repliqué, pero él no era polaco, era portugués, hasta se había escogido un pseudónimo portugués. ¿Y qué hacía en la vida?, inquirió el Velador del Cementerio. Bien, dije yo, trabajaba, pero sobre todo era escritor, escribió hermosas páginas en portugués, hermosas no es la definición apropiada, eran páginas amargas, era un hombre lleno de emociones y de amargura. El Velador del Cementerio apartó el portaviandas y se levantó, se dirigió hacia el gigantesco armario y cogió un enorme libro parecido a los registros de los profesores de secundaria. ¿Cuál es el apellido?, preguntó, Slowacki, dije yo, Tadeus Waclaw Slowacki. ¿Pero está sepultado con su nombre verdadero o con el pseudónimo?, observó acertadamente el Velador del Cementerio. No sé, respondí perplejo, pero creo que está sepultado con el nombre verdadero, me parece más lógico. Silva, Silva, Silva, Silva, Silva... Slowacki Tadeus Waclaw. Primera Nave Derecha número 4664. El Velador del Cementerio se alzó los anteojos y sonrió. Es un número que se puede leer de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, dijo, ¿a su amigo le gustaba bromear?, incluso con sí mismo. Quiero apuntar este número, dijo el Velador del Cementerio, me gustan los números así, los juego en la lotería, a veces los extraños encuentros como el nuestro traen suerte.

Le agradecí al hombre y me alejé. Tomé mi botella de champaña y salí al calor. Busqué la Primera Nave Derecha y comencé a recorrerla con paso incierto. Ahora una profunda angustia me asaltaba, y sentía latir mi corazón en las muñecas. Era una modesta tumba, apenas una lápida apoyada en la tierra. Él estaba allí con su nombre polaco, y arriba del nombre había una fotografía que reconocí. Era una fotografía de cuerpo entero, él estaba en mangas de camisa, estaba recargado en una barca y al fondo se veía el mar. Yo había sacado esa foto en mil novecientos sesenta y cinco, era de septiembre, estábamos entonces en la Caparica, éramos felices, una semana antes él había salido de la cárcel gracias a la presión que ejerció la opinión pública extranjera, un periódico francés decía: "El régimen de Salazar se vio obligado a liberar a los escritores", y él estaba allí, recargado en la barca, con el periódico francés en la mano, me acerqué para ver si podía distinguir de qué periódico se trataba, pero no se podía ver en la fotografía, estaba fuera de foco, otros tiempos, pensé, el tiempo se ha engullido todo, y luego dije: Hola Tadeus, aquí estoy, vine a visitarte. Y con una voz más alta repetí: Hola Tadeus, aquí estoy y vine a visitarte. ◇